

# VIDA MANCHEGA

CORRESPONDENCIA  
ENRIQUE PÉREZ PASTOR

REVISTA REGIONAL ILUSTRADA

SUSCRIPCIÓN  
Cuatro Pesetas al Semestre

## ESBOZO

Cuando se infiere a nuestras conciencias, para llegar a formular públicamente una negación o afirmación, una gran violencia, nuestras mismas palabras sirven para refutar nuestros argumentos faltos de sinceridad.

A este propósito cita el Dr. Ardieta el caso ocurrido al filósofo francés León Gambetta al tratar de convencer al pueblo de su heterodoxia. «En el calor de su brillante improvisación—dice—y en un fogoso arranque de oratoria tribunicia, exclamó: «¡Yo, gracias a Dios, soy ateo!»

Este caso, repetido con harta frecuencia, fué sin duda alguna, el primer eslabón de una larga cadena. Hace próximamente una veintena de meses que Virginia González, la conocida socialista española, dirigiéndose a los obreros congregados en la Casa del Pueblo de Madrid, al exponer el programa socialista y después de hacer un inoportuno alarde de ateísmo, terminó su peroración diciendo:... y ese dinero se repartirá como Dios manda.

Pero pasemos esto por alto, pues concederle importancia a una frase de Virginia González es concedérsela a su autora, y aunque somos algo partidarios de las modernas teorías feministas, nos congratularía más ver a esta señora, si nó dedicada a las tareas propias de su sexo, apartada al menos de las lides políticas, dejando ser oradora ambulante y heraldo del socialismo, pues sus discursos político-filosóficos—los calificaremos de esta manera—entusiasman a quien no los entiende y son incapaces de persuadir.

Hace días se ha vuelto a repetir por millonésima vez el caso y, casualmente, en la misma Casa del Pueblo. Hablaba Anguiano a los ferroviarios, haciendo el resumen de los demás oradores, y cuando dió fin a su discurso donde recomendaba sensatez, cordura, etc., de pronto, inesperadamente, echando por tierra su discurso invitó a los obreros ferroviarios a declararse en huelga, sin anunciarla previamente como ordena la ley. Y tantas bocas como concurrentes, repitieron el viva dado a la huelga por el diputado socialista.

¿Qué demuestra con esto el Sr. Anguiano? No contestamos a la pregunta por temor a que mientras en nuestro cerebro vayan naciendo infinitas deducciones, la pluma estampe la conclusión final.

Y he aquí el secreto de los modernos jefes de la extrema izquierda, para triunfar en todas las empresas y salir victoriosos en todos los actos que su mediación sea requerida: dar la razón en todo a sus conspicuos. Así se labran su pedestal político y otro que es más conveniente aun...

Pero a los modernos socialistas, para no ser en nada originales no les cabe el orgullo de haber inventado este cebo para medrar; pues ya Platón, el inmortal filósofo de Egina, sirviéndose para formular esta conclu-

sión de su experiencia y observaciones, dijo que «a las muchedumbres, se las engaña siempre ofreciéndolas lo que las halaga».

Muchos escritores, al tratar de examinar las causas que obligan a ciertos individuos a afiliarse a los distintos partidos, sin más credo político, sin más programa que *ofrecerles lo que les halaga*, dicen que el hombre se encuentra por naturaleza más propicio a seguir a sus explotadores que a sus buenos consejeros; mas esto no pasa, en realidad, de ser una hipótesis bastante aventurada. «Nosotros creemos—dice un conocido psico-fisiólogo y pensamos al unisono con él—que el mal radica en la misma sociedad, que por efecto de su gestión egoísta se precipita, no hacia lo más justo, sino hacia lo más provechoso.»

Ahora bien, nos permitimos interrogar, ¿llegará un día en el cual los socialistas desenmascaren a esos esbirros de la huelga y la revolución? No sería sentar cátedra de profeta, pues nadie lo ignora, afirmar que ese ansiado día llegará. ¿Cuándo? Al mismo tiempo que llegue otro: el día que los Gobiernos se hastien de sufrir insultos de los cabecillas de masas socialistas y les apliquen la pena correspondiente a sus numerosos delitos políticos. Y ese día, tarde o temprano, pero más bien lo último, ha de llegar, pues si hasta ahora han aguantado los Gobiernos todos los insultos, todas las calumnias... de más de cuatro parlanchines, sin más títulos para ser diputados que ser licenciados... y no en una facultad, esto no es óbice para que mañana un Gobierno fiel cumplidor de su deber suprima de una vez para siempre tantos abusos cometidos *en nombre de la libertad*, santa palabra tantas veces manchada al pronunciarla determinados labios.

Y no es que creamos nosotros, no, al escribir de esta manera, que los Gobiernos y los Jefes de los partidos turnantes hayan sido modelo de laboriosidad: fueron pésimos en general; pero no poca culpa de ello la tuvieron los vociferadores socialistas, dedicados a tratar en las Cortes asuntos baladís, desatendiendo de esta manera los de capital importancia; consumiendo turnos, y haciendo chistes que dicen muy poco en favor de la seriedad y educación del orador.

\*\*\*

Ahora parece ser que la Mancha va a ser durante unos días el campo de operaciones del ejército socialista. Dudamos que ingresen muchos prosélitos en sus filas: son demasiado conocidos sus generales y, por tanto, aun habiendo socialistas, fracasarán éstos en su propaganda, pues la mayoría de los manchegos afiliados a esta escuela viven apartados de este partido, avergonzados de dar a conocer su ideología al contemplar a quienes estarían subordinados.

ROLANDO CIFAR.

# LA AVENTURA

## I

Alfredo se asomó a la ventana que daba al patinillo de la casa y miró hacia el piso de abajo.

Su compañero de cuarto de hospedaje también miró por encima de su hombro, y le preguntó, intrigado:

—¡Entonces, has logrado ya comunicarte con ella?

—Sí; pero nada más que por señas.

—¿Y es tan bonita como dijo anoche ese pelmazo?

—¿Quién?

—El de Correos...

—¡Calla! ¡Escóndete, que no te vea!, dijo de pronto Alfredo. ¡Ya está detrás del visillo!

Su amigo se echó hacia atrás, sin dejar de mirar a Alfredo, que hacía señas a una mujer que medio se adivinaba tras el visillo de una ventana en el piso de abajo.

—¡Pero, qué cómico eres!, le dijo en voz baja mientras Alfredo echaba casi todo el cuerpo al exterior y hacía un movimiento como de arrojar algo al piso.

—¡Verás cómo te vas a caer!

Se metió dentro. Su amigo le interrogó:

—¿Qué has hecho?

—¡Casi nada!; que ahora mismo me parece que voy a hablar con ella. Baja conmigo, si quieres, y quédate, sin hablar, al lado de la puerta del piso y sin que te vea.

—¿Pero vas a entrar?

—¡No, hombre! Es que he tirado y ha caído sobre el poyo de su ventana unos calzoncillos puestos a secar ahí en los alambres del patio. Creo que saldrá ella a dárme los.

—¡Estupendo!; pero ten en cuenta lo que dijeron anoche en el comedor: que es el dueño de esta casa nada menos...

—¡Bueno, bueno; deprisa!...

Bajaron precipitadamente los dos tramos de escalera. Alfredo llamó y su amigo bajó un escalón más para no ser visto cuando abriesen.

Preguntaron desde dentro, tras la mirilla:

—¿Quién es?

—Del piso de arriba. A ver si hacen el favor de unos calzoncillos que han caído del alambre sobre una ventana de este piso.

Abrieron y se presentó *ella*; pero, con gran desconuelo de Alfredo, no sola, sino acompañada de una vieja alta, enjuta, antipática, con gesto inquisitorial.

*Ella*, de una belleza un poco llamativa:

—¿Dice usted que unos calzoncillos?

—Sí, señora...; ¡digo, señorita!—respondió Alfredo algo turbado y sin atreverse a decir nada por hallarse la vieja delante.

—Espere un momento; voy por ellos.

Se alejó, hacia dentro; y quedó la vieja, que seguía sin despegar los labios, tras la puerta, como un centinela.

Parecía pensar: «¡Conque se han caído los calzoncillos!... ¡Buenos calzoncillos te daba yo!»

Pasó un poco tiempo. El amigo de Alfredo, que no había visto a la vieja, impaciente, le hacía señas, preguntándole por qué no se había decidido a decirle algo.

Y como Alfredo no hiciera el menor gesto, le dijo, en voz alta:

—¡Pero no la dices nada?... ¡Y para esto has tirado los calzoncillos!...

Del portazo que dió la vieja retumbó toda la casa.

## II

Al día siguiente se decidió y escribió la carta. ¡Ya ve-

ría como hacerla llegar a sus manos! ¡No todo iban a ser fracasos!

Quería ultiar pronto la aventura con aquella mujer, por vanidad ante los compañeros de hospedaje y porque tenía que ir a los pocos días a Valladolid y se le echaba el tiempo encima.

Tomó la pluma y después de varios intentos frustrados le escribió. Una carta apasionada de romántica exaltación. El no podía vivir así. Tenía que hablarla y pronto, pronto... Si no, era capaz de hacer cualquier disparate.

Después escribió a un amigo de Valladolid preguntándole por donde era más cómodo y económico el viaje; si por Avila o por Segovia.

Metió las dos cartas en sendos sobres. Se fijó bien; cada una iba en el suyo. Volvió a comprobarlo. No se había equivocado.

¡Dichosos sobres! ¡No pegaban!

Salió de la habitación a ver si doña Juana tenía una poca de goma.

A los pocos momentos entró su compañero de cuarto, con el cual a consecuencia de lo ocurrido en la escalera, el día anterior, había reñido.

Se quitó el sombrero. Echó un vistazo sobre la mesa y vió sobre ella las dos cartas, abiertas. Le picó la curiosidad y leyó las direcciones. De pronto, se le ocurrió.

Le tenía a Alfredo rencor por lo pasado y una secreta envidia; y miren por donde le podía hacer una mala jugarreta.

Se asomó a la puerta de la habitación. No venía nadie; y rápido leyó las dos cartas, por encima, e hizo el tan de comedia y malhadado cambio de sobres.

Tomó una silla, se sentó y se puso a leer un truculento folletín de Carolina Invernizzo.

Entró Alfredo, sin saludar, con un tarrito de goma.

Se dirigió a la mesa; cogió las cartas—su amigo había que leía; pero le miraba con el rabillo del ojo; y, sin notar en ellas nada particular; les untó goma en los bordes, las cerró y se las guardó en un bolsillo de la americana.

Su compañero de habitación se tuvo que marchar para que no le notara su maligno regocijo. Tan inquieto se puso.

## III

A los dos días recibió Alfredo la siguiente misiva:

«Sr. D. Alfredo Sala

Presente.

Muy Sr. mío: Aunque no tengo el gusto de conocerle y su carta no iba encabezada a mi nombre, puedo decirle que su viaje a Valladolid puede hacerlo indistintamente por Avila o por Segovia. Viene a ser igual de cómodo y económico.

Su afma. s. s. q. e. s. m.

Valentina Palacios.»

FRANCISCO DE TROYA.

*Vida Manchega*

se vende en Madrid en los kioscos de la calle de Atocha-Alcalá (frente a fornos) Abada, 22, Ancha (esquina a Reyes) y Glorieta de Bilbao.



ALI-KIDO  
XIX

Jamás me ha preocupado si soy malo o soy bueno,  
y aunque sufrí reveses, no maldije al destino.  
Solo porque me espanta chapotear el cieno  
marcho cantando alegre al borde del camino.

Ni me encanta la vida, ni me inquieta la muerte.  
Si no gozo, tampoco me acosan los dolores,  
pues descifré la fórmula, mágica, que convierte  
las punzantes espinas en perfumadas flores.

Hunque sea muy viejo, seguiré siendo niño.  
Se arrugará mi frente, mi pelo será armiño  
y de mi pecho nunca volarán las cantoras

aves; mas si algún día la vida me acorrata,  
antes de que me hastie viendo pasar las horas  
alojaré en mis sienes el plomo de una bala.

FRANCISCO ADÁN CAÑADAS.

Ilustración de Ali-Kido.

Son las siete de la tarde: La ciudad parece que despierta de un largo sueño. Si sois observadores, habreis podido ver la diferencia que existe, en el centro de una gran Metrópoli, entre esa hora y el resto del día; a esa hora en que el astro Rey, magnífico en su agonía, sumerge nuestra vista en un océano de colores y de sombras, que no sin razón los poetas y románticos han dado en llamar la hora violeta.

¿No sentís una sensación extraña y siempre nueva si se cruzan vuestros ojos con los de una mujer en esos momentos? Seguramente me direis que sí aunque sin conocer la causa, por que no os dáis cuenta de que no son los ojos los que miran los vuestros: es el alma femenina que valiéndose de ellos y amparados por el crepúsculo os ofrecen una ternura sin fin que no lo harían a la luz del sol sin grave perjuicio de su honestidad, y que vosotros sin comprenderlo seguís vuestro camino.

Es una mirada llameante que muere en: el instante de nacer y tiene un encanto irresistible que hace extenderse de voluptuosidad a todo el que la contempla y comprende.

Rota esta lanza en honor de los ojos femeninos a la caída de la tarde, nos dirigimos a la Carrera de San Jerónimo, la calle simpática y aristocrática por excelencia que nos deslumbra y atonta con el lujo de sus escaparates, el piafar de sus caballos y los trompetazos orgullosos de los autos, que más que avisos parecen órdenes, pasando raudos, majestuosos, inundados de luz y dejando ver por un instante a través de sus lujosas carrocerías rostros peregrinos de mujeres que nos traen a la memoria las descripciones de los harenes de Oriente, de Gómez Carrillo, y nos hacen pensar en los inconvenientes de no ser millonarios.

Las voces de los vendedores, el murmullo de las conversaciones que semeja el ruido de una catarata; por todas partes risas, mujeres hermosas, flirteos, codazos, insinuaciones, la atmósfera que se hace pesada, todo el mundo vá sofocado, huele a flores, a gasolina, a carne de mujer: es la hora en que las pasiones se atropellan unas a otras con ímpetu irresistible y busca las ocasiones el pecado.

¿No habeis visto a la gentil modistilla, extasiada ante el escaparate de una joyería o una tienda de modas, comparando sus adornos de bisutería barata con esos ricos aderezos que valen fortunas, y sus modestos trajes que hacen el raro milagro de parecer elegantes, con los otros de sedas y pieles exóticos y costosísimos?

¡Ah, si un moralista pudiera adivinar en ese instante su pensamiento, se horrorizaría!

La vanidad y el lujo se apoderan durante dos o tres horas de la gran ciudad que se entrega inconsciente a ese matrimonio vampiresco, llamemosle así, que exprime a las sociedades modernas hasta dejarlas sin vida y arruinadas.

Pero no divaguemos y volvamos a nuestro tema.

La calle de Alcalá está magnífica; el movimiento es enorme, los tranvías forman hilera interminable que en unión de los demás vehículos nos imposibilita ir de una acera a otra, haciendo desesperados los esfuerzos de los guardianes del orden, para evitar desgracias.

Las terrazas de los cafés rebosan de gente, abundando entre ella los pollos *bien* (esos pollos *bien* tan traídos y llevados) que toman aperitivos absurdos porque se llaman cócteles; que murmuran de todo el mundo, y dicen colmos y chistes dando voces en una gerga de ti-

mos y chulaperías incomprensibles para otros que no sean ellos.

Todo ello unido al escándalo que producen las floristas riendo y cogiéndose de la americana para colocarnos una flor que está tan marchita como ellas, y casi siempre tiene polvo de las veces que los invulnerables al gentil sablazo *gentilmente* la tiran al suelo, de los golfos que os llaman aristócratas y os ofrecen periódicos ilustrados para verlos, pero que os cuestan más caros que si los compraseis, de los limpiabotas que si no os sirven os llaman *pelanas* y se hacen señas unos a otros de que estáis *a dos velas*, y, en fin, toda esa gente que sabe vivir de sus semejantes, explotando sus vicios y pasiones, y que todos ellos unidos dan un carácter único a esta calle típica y castiza que seguramente es única en el mundo.

Poco a poco van perdiendo las calles su brillo esplendoroso, los automóviles pasan más veloces y silenciosos, la multitud asalta los tranvías buscando en el hogar el reposo necesario al cuerpo, llevando ellas paquetitos con chucherías y postres selectos, y saboreando ellas y ellos las emociones del paseo, pensando en reanudarlos al día siguiente.

Los comercios han cerrado sus puertas; no se ven más luces que las de los cafés y cinematógrafos.

La gente bulliciosa y alegre de las siete ha dejado su puesto a la de las nueve que vá más humilde y anda más deprisa, no lleva postres ni escandaliza, ni murmura, pero su rostro aunque melancólico respira alegría y satisfacción.

He comparado esta alegría silenciosa, casi triste, con la otra escandalosa y descocada como la risa de una *midinette* y, sin embargo, me ha parecido que acusa más felicidad y franqueza la primera que la segunda.

Tal vez porque el trabajo no permite al gentío de las nueve que se deslumbre y sufra, viendo en ese ambiente que no es su vida, esa hora fatal de las grandes ciudades que con razón los poetas y románticos por un extraño capricho de su imaginación llaman violeta.

FEDERICO GARCÍA SÁNCHEZ.

## Sin tu amor... la muerte

¡Oh muerte! no me arredra tu perversa guadaña; esa vieja guadaña sin piedad ni clemencia, que nos siega la vida por no se qué influencia maléfica y sublime. De tu maldita saña

no me asusto ni tiemblo. Quien te tema se engaña... Y ante el fiero peligro sin alma ni conciencia, jamás se ha doblegado por salvar su existencia, ni un sólo hijo siquiera de esta bendita España.

¡No te temo, no, muerte! Yo sé que triunfadora, me acechas implacable para segar mi vida sólo Parca, te pido, que retrases *mi hora*.

Si el amor de mi amada puedo al fin conseguir, y si acaso no logro que me quiera enseguida, ¡siégame la existencia... porque quiero morir!

ALFREDO MIRA RUBIO.

# EPÍSTOLAS ÍNTIMAS

A M. D. G.

Figulina delicada de las crenchas negras como el misterio, la que soñó mil veces con una vida de eterna dicha, pasada a mi lado; la que me miró amorosamente con los ojos en éxtasis... Yo te debo una explicación de mi abandono.

Yo desperté por primera vez tu corazón, que aún dormía ignorante de lo que eran pasiones. Yo te hice saber cómo se quería y a qué sabían los besos, y cómo las mujercitas se estremecían al cogerlas del brazo el amado. Yo te hice saber todo eso, y tú enamorada de mí, que me quisistes locamente, apasionadamente, pasabas a mi lado días felices.

Tu me quisistes—yo lo sé, y lo reconozco con dolor, no con vanidad - como no me ha querido ninguna mujer... como acaso no me querrá ninguna otra.

Te tropecé en ese momento del primer amor en que es tan fácil seducir. Me quisiste así, tal vez porque tu cabecita loca se alucinó con mi historia, con mi pasado—aumentada por los críticos y criticonas de profesión—de calavera y afortunado en amores fáciles. Después, yo —tú lo decías—te hablé como nunca te habían hablado, y mis frases como un hechizo de seducción, sonaban en tus oídos como un tintineo de campanillas de oro

que tocaban a gloria; y sin tú darte cuenta, se te metían muy hondo, pecho adentro, hasta el corazón en un éxtasis de amor de todo tu ser. Y fuí dueño de tu voluntad, porque, más que cariño, te sentías como hipnotizada por mí y, sin vacilar, accedías a todos mis caprichos, y hubieras accedido al más loco de ellos, porque eras toda mía, enteramente mía. Porque te dejabas por mí en tu vesánica inconsciencia de enamorada.

Yo te estaba engañando. Yo te hice el amor... porque sí. Porque me gustabas. Acaso pensando algo que luego no hice, porque la grandeza de tu amor fué co-

mo un santuario que no me atreví a profanar. Y te alucinaba prometiéndote días felices a mi lado, y haciéndote soñar con un porvenir de dichas para tu amor, que yo no podía darte, porque no te podía hacer mi mujer.

No; no frunzas el ceño al leer esto. Ninguno de los motivos que tú pienses será el que lo impedía. Tú no puedes adivinar por qué era imposible la felicidad de nuestro amor. En cada vida se desarrolla una novela, y en el tráfigo aventurero y atormentado de la mía hay una tragedia. Si yo tuviera ocasión, a tí sola, hoy, cuando ya ha pasado el tiempo, te diría cual es el fantasma que se levanta entre los dos para que, a pesar mío, no hayas podido ser mi mujer. No te lo dije entonces porque, estoy seguro de ello, tú, apasionada, hubieras querido saltar por encima de todo, y yo quería evitarlo.

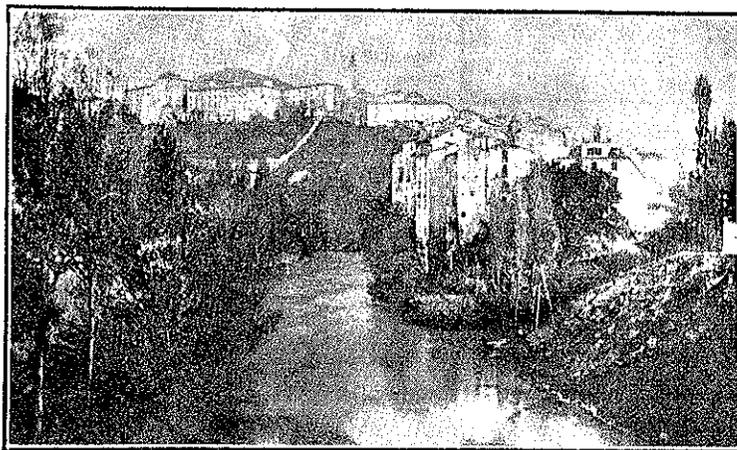
Por eso te abandoné. Porque yo, que no te quería como tu a mí, con esa pasión ciega que no medita, que no razona, sino con un cariño plácido y tranquilo, sabía que de no abandonarte nos habríamos los dos perdido quizá para siempre y yo no quería perderte, ni perderme.

Tienes razón para guardarme rencor, para odiarme, porque no sé de que modo tan intenso habrías sufrido por mí, y no me lo perdono. Porque yo sé los

ratos de dolor que te habrá proporcionado mi abandono, a tí, pobre niña enamorada, que contra todos luchastes por tu amor y que de todos lo defendistes. Porque yo sé las horas de inmensa tristeza que habrás tenido al esperarme.

Pero óyeme, muñequita delicada, de las crenchas negras, de los ojos bonitos, del talle gentil: Cuando la gente te diga que yo soy malo, que he sido un canalla contigo, defiéndeme. Tu sabes que no es verdad.

DIEGO PIZARROSO NAVARRO



DE LA REGIÓN.—Vista parolal de Cuenca.

## GANTARES MANGHEGOS

Recogidos y ordenados  
por Eusebio Vasco.

(Continuación)

214

El año noventa y ocho  
Se revolvió Valdepeñas,  
Por causa de la Jenara  
La Azul y la Pregonera.

215

En la plaza de los toros  
Ha saltado el Totovío,  
Las señoras de los palcos,  
A los techos se han subido.

216

Si me quieres escribir  
Te diré mi paradero:  
en la casa de Morales,  
En el cerro de los Muertos.

217

Con el aire que llevan  
las infanteñas,  
Muelen los molinitos  
De Valdepeñas.

218

Vale más con el agrado  
Que me habla mi morena,  
Que el campanario que tiene  
La torre de Valdepeñas.

## UNA REFORMA NECESARIA



En «Antiguallas Manchegas», última parte del librito de D. Rafael Ramírez de Arellano, titulado «Memorias manchegas históricas y tradicionales», habla de la Iglesia de Santiago, de esta capital, cuyo interior, «aunque muy maltratado por unos reformadores del siglo XVI, es aun sumamente interesante, y si se limpiara de cal y derribasen las bóvedas, resultaría una iglesia notabilísima y de las más dignas de estudio de toda la región manchega».

Y yo pregunto a las autoridades y queridos paisanos: ¿no podáis alguno, o algunos de vosotros, tomar la iniciativa, y dar los primeros pasos para restaurar un templo, cuya belleza «es una lástima no esté al descubierto para admiración de naturales y forasteros»? ¿No es posible dar con manos técnicas, que no nos hiciesen lamentar, falsas y caprichosas restauraciones, como las famosas de la Alhambra; y si nos dejasen al descubierto «un magnífico artesonado o armadura de lazo de a cuatro, del siglo XIV en su último tercio» y otras bellezas que en dicho templo se ocultan?

He aquí la descripción del Sr. Ramírez Arellano:

«Es el techo de madera, en limpio, y ha tomado un hermoso color de caoba. Tiene un almizate central muy cuajado de lazo de a cuatro, como queda dicho, formando estrellas, y la labor de este almizate se corre por las descendidas en tres fajas, una central y otra en cada extremo. Los centros o fondos de esta labor, tanto en lo ornamentado como en las descendidas, están estofados, dorados y pintados con brillantes colores, con dibujos geométricos unos y de flores y hojas otros, y si bien esta parte pictórica, que es a la morisca, se halla bastante deteriorada, no es imposible su restauración. Los nueve pares de tirantes que sujetan el artesonado y que se apoyan sobre caprichosos, variados y amplios canes, están también muy hermosamente decorados con pinturas a la morisca. El almarbate, o sea el friso, se compone de dos líneas de tabicones en los que alternan los escudos de armas de Santiago, Calatrava y el blasón de los Muñiz de Godoy, que es el que nos induce a deducir, con precisión, la época en que se construyó; es decir, que fué costado por el gran Maestre D. Pedro Muñiz de Godoy, en cuyo tiempo se

supone aparecida y nosotros diremos que esculpida la Virgen de la Blanca».

«Este techo se restauraría, para que pudiese verze, con muy poco dinero, pues solo es necesario tapar dos rajadas del ancho de dos solivas de las descendidas, hecho al tiempo de las bóvedas para refrescar las maderas y librarlas de la polilla, y con esa restauración podría durar hasta que se pudiera acometer la de las pinturas, que es más costosa».

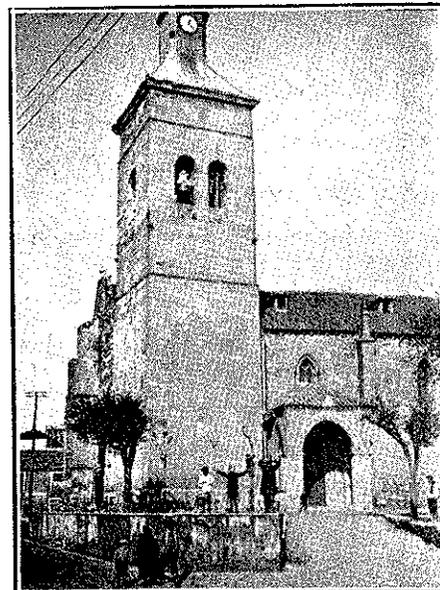
Seremos, si no llevamos a cabo esta obra, más tontos que el del cuento, ya que, si no tiramos piedras al tejado, dejamos que éste se desplome, que no otra cosa significa la incuria en que tenemos los pocos edificios notables que hay en la capital. Los que no están abandonados, o ruinosos, como pregonan la puerta de Toledo, Santiago y San Pedro, han sido destruidos por la infame piqueta demoledora, como la puerta de Alarcos.

«Santiago, (dice D. Rafael en sus «Antiguallas») no tiene grietas aparentes, pero San Pedro tiene muchas y algunos machones y bóvedas están desnivelados. La cal forma, a fuerza de capas, una cubierta que dismula las grietas y no deja adivinar la ruina que puede venir lentamente elaborándose, y cuando menos se piensa se cae un templo, que se había creído siempre seguro. Por eso es necesario que en San Pedro se quite la cal para que se vea la importancia de estas grietas, heridas del edificio que, aparentemente, sólo afectan a la piel, no son mas que rasguños, pero pueden llegar a las entrañas y estar indicando una muerte próxima».

Tengo fé ciega, que, estas mal trazadas líneas, no han de ser semilla entre rocas sino en abonada tierra, que le dará calor, para hacer de ella una magnífica flor arquitectónica de restauración que honrará a nuestra patria chica y los nombres de los altruistas que le presten apoyo tras bien madurado estudio, no sea que lamentemos, repito, una imperfecta o incompleta restauración, en cuyo caso, el remedio sería peor que la enfermedad.

Los amantes de Dios, del arte y de Ciudad Real, tienen la palabra.

BUENA INTENCIÓN.



Al espíritu exquisito de Paco Adán

## EL HAMPON

I

**N**o tienes fé, ni patria; el crimen es tu sino;  
la taberna es tu asilo; la cárcel tu vivienda;  
un sombrero raído y un mendrugo es tu hacienda;  
para ahogar tus pesares te emborrachas con vino.

En tu frente morena brilló el rayo pristino  
del sol, como una estrofa... tal vez esa áurea ofrenda  
penetrará en tu pecho... Mas, fuerte es la contienda,  
que tu alma es acerada y es trágico el camino.

Sin embargo la culpa de que seas hombre malo  
no la tiene tu vida; es la suerte... ¿ese halo  
de tragedia que oculta la fé, la inteligencia!

¿Amaste? ¿Tú que sabes! ¿Te educaron? Tampoco.  
Tú marchaste al acaso, sin amor, sin conciencia,  
mendingando, pidiendo, pobre, mísero y loco.



## EL HIDALGO

II

**R**oseto mostacho airoso. Arrugas en la frente.  
Cano el cabello hirsuto; terrible la mirada;  
un puñal en el cinto, al costado una espada;  
en sus labios sonrisas de desprecio a la gente.

Una cruz en el pecho; oro y seda en la ropa;  
pendiente de su cuello regio cordón de plata;  
en Madrid fué soldado; en Flandes fué pirata.  
y admiró, al mismo tiempo que el turbante, la hopa.

Cien damas disputaron su arrojo y gallardía;  
villanos y magnates, temieron su osadía  
y en los mares latinos imperó su bajel;

príncipe de la Bribia, su voluntad fué ley  
con la gente del hampa; admiró a Loreley  
y al morir fué llorado por su noble lebel.

## EL PIRATA

III

**B**OGA avante, a la mar; el pabellón izado,  
cruzando tu galera por ese mar sereno,  
bajo un cielo de oriente, magnifico, estrellado;  
respirando de ese aire de libertad tan bueno.

En Bagdad un califa te dió a fumar su pipa;  
dormiste en alkatifas de Persia; tu bajel  
recorrió toda Europa; como Leví y Agrippa;  
fuiste grande en España; simple esclavo en Argel.

Tu crespa cabellera tiene ya hilos de plata;  
fué el temor y el asombro tu galera pirata,  
en el mar de las Indias y en el fuerte Oceano;

tu alfanje damasquino te dió brío y firmeza,  
y más de una sultana soñó con tu nobleza  
besando la azucena de tu pálida mano.

## PATIO ANDALUZ

I

**E**s el patio andaluz. Gente alegre y chispera  
escancia en grandes vasos, de cristal, los licores;  
y a la luz de las muchas bujías de colores  
un majo, con donaire, canta una petenera...

Es la noche propicia, como de Primavera;  
se deslíe una fragancia de geranios y flores;  
la guitarra preludia una copla de amores  
y en la fuente morisca salta el agua, ligera.

Hay oro en la canción y oro en la manzanilla,  
y completando el cuadro, que encanta y maravilla  
una hermosa gitana se vé, al pronto, surgir;

y al ritmo de la música su cuerpo se cimbreo,  
mandan besos sus ojos; se ciñe y taconeo,  
como si en ese instante la viera algún Emir.

II

**M**AS dos de la mañana! La guitarra ha callado;  
la copla ha muerto en labios que mintieran amor,  
dos guapos, frente a frente, con rencor se han  
(mirado...  
las navajas destellan un trágico fulgor;

la soberbia en los ojos; ira en los ademanes;  
la blasfemia en la boca; a un lado *el cordobés*,  
las fajas arrastrando; las frentes, dos volcanes  
de rabia. Suena un grito. Un herido. Después,

los mosaicos se tiñen de sangre de chisperos,  
una hermosa manola la seca con su mano;  
lúgubramente brillan, tirados, los aceros.

¡Y... mientras, vá la hija de Carmen, la manola,  
entonando una copla, con cierto *aire gitano*...  
¿éste es el aborigen de la tierra española!

MIGUEL SÁNCHEZ MIGALLÓN.

# EN UN VALLE PIRENÁICO

## Fragmento de unas "Memorias"

Todo tiene su epílogo. El de esta breve estancia mía en el valle pirenaico se realizó un día dominical que eterciopelaba las praderas y plateaba los arroyos. Vino al tartanero muy de mañana, decidido a recoger los pasajeros. Y se los llevó, con sus bártulos, «carreterilla atrás», camino de la estación ferroviaria, a la cual llegaron la mula fatigada, el tartanero alegre y los viajeros molidos, bastantes horas después.

¡Oh, valle pirenaico! Si te quedaste atrás, tu recuerdo estará siempre ante mi alma. No me ofreciste grandiosas visiones de arte, pero me mostraste el espíritu de la calma en un marco bellísimo donde la Naturaleza destaca la altivez de sus altas cumbres, blancas a trechos por las nieves, en pleno mes de Julio. Y mientras olvide, al rodar el tiempo, novelas y sinfonías, cuadros y esculturas que obtuvieron la devoción de los inteligentes durante algunos años, te recordaré a ti con admiración inextinguible. Recordaré tu cascada y tu molino, tus aguas cantarinas y tu cielo inmaculado. Recordaré la voz del campesino que refería la historia de una inofensiva hada a quien creyó ver cerca del río argénteo. Recordaré la voz del visitante que refería la historia de un temible bandolero cuya presencia no fué para él tan fatal como para otros hombres. Recordaré

la mirada del conejillo moribundo que se dejaba acariciar en su agonía, y la del niño mudo que tan expresivas cosas decía con los ojos. Recordaré tus días y tus noches; tu sol y tus estrellas, tus montañas tan orgullosas y tus hondonadas tan humildes. Y diré a mis nietos:

Si vierais aquel valle tal como yo lo ví. No había en él automóviles sino por milagro; ni ferrocarriles sino en proyecto, ni aeroplanos sino en una estampa, pegada con migas de pan, sobre la pared del comedor, por unas manos doctas en el arte de echar hierbas a los conejos, salvado a los cerdos y cáscaras de patatas a las gallinas... Hoy ha perdido ese valle su encanto primitivo, porque lo han profanado la civilización y la cultura. Pero entonces estaba lejos de todo: del tiempo en que vivíamos y del espacio que recorriamos. Era un rincón del paraíso perdido en los Pirineos. Mirad si era grande su alejamiento, que llegaron a él con tres días de retraso las noticias, esperadas ansiosamente, de que allá, en aquel Versalles francés, se había firmado un Tratado en virtud del cual empezaría una era de paz, tras cuatro años largos de guerra europea. La paz se restablecía en el mundo. Pero en aquel valle, no; porque no se había turbado nunca.

José SUBIRÁ.

## CONCURSO DE CUENTOS

### VIDA MANCHEGA

abre un CONCURSO DE CUENTOS con sujeción a las siguientes

### BASES

1.<sup>a</sup> Podrán concurrir a él todos los escritores españoles.

2.<sup>a</sup> El plazo de admisión de trabajos comenzará el 20 del mes actual, terminando el 31 de Enero de 1920.

3.<sup>a</sup> Los originales se remitirán firmados con un lema, bajo sobre cerrado, debiendo venir en sobre aparte el nombre, domicilio y retrato del autor.

4.<sup>a</sup> Los cuentos, que serán inéditos y de asunto libre, constarán de 10 a 12 cuartillas escritas a máquina y por un solo lado.

5.<sup>a</sup> Se otorgarán dos premios consistentes en 50 pesetas el primero y 25 el segundo.

6.<sup>a</sup> La revista adquirirá el derecho de publicar todos aquellos trabajos que, aún no habiendo sido pre-

miados, los estime el jurado como dignos de ser conocidos.

7.<sup>a</sup> Todos los originales que se acepten se publicarán artísticamente ilustrados y con el retrato del autor.

8.<sup>a</sup> No concurrirá a este concurso ningún individuo afecto a la Redacción de la revista.

9.<sup>a</sup> Quedará fuera de concurso todo trabajo que se recomiende directa o indirectamente.

10.<sup>a</sup> Un mismo autor podrá enviar varios originales.

11.<sup>a</sup> El jurado permanecerá en el anónimo hasta después de haber hecho público el fallo.

Ciudad Real 20 de Noviembre de 1919.

LA REDACCIÓN.

EL MÉDICO EN LA ESCUELA

Lema: EN LA RUTA DEL PROGRESO.

A mi ilustre amigo don Pablo Vidal Carrero, notable crítico de arte y prestigioso Jefe de la Sección Administrativa de Primera Enseñanza de la provincia. Muy ofusiva y cariñosamente.

A toda costa, en España debe desaparecer la Escuela de hoy, implantándose la Escuela de Suiza. ¿El Médico es el culpable de esta decadencia nacional? No. Lo es el Poder Público, que tan despreocupado se muestra con la escuela primaria. Lo son, nuestros gobernantes, que atienden solícitos a otros presupuestos, dejando a un lado el de Instrucción pública; quizá, quizá, por considerarlo de menos importancia. Quizá...—esto lo más acertado—, por comprender y advertir un exceso de prudencia en el Maestro nacional y el Doctor, que debiera cesar. Y césó...

Entremos de lleno en «El Médico en la Escuela».

El Doctor procurará combatir con gran alteza de miras, siempre que lo considere oportuno, los gustos o caprichos de un alcalde monterilla, ante lo grande y rutinario, o lo bonito y fatuo de un arquitecto. Lo expuesto, lo corrobora la realidad. Al emplazar una Escuela, construcción, condiciones, etc., ha brillado por su esencia el dictámen del forense. El Alcalde del lugar ha prescindido del Vocal-Médico y el Arquitecto ha hecho el plano de la Escuela a su antojo y capricho.

El local escuela se emplazara en sitio alto, seco, bien soleado y aislado del centro de la población, de ruidos, fábricas; lejos de peligros, Juzgados, Hospitales, Cementerios y Cárceles; a ser posible, lindando al campo, próximo a jardines o anchas vías.

El terreno tendrá una ligera pendiente, procurando no sea bajo por miedo a la humedad que es funesta.

El Doctor pondrá especial cuidado en que la Escuela no se emplace junto a muladares, estercoleros, pantanos, cloacas, lagunas, etc., cuyas emanaciones vician el aire, constituyendo consecuencias graves.

Al elegir la Junta local de Primera Enseñanza el lugar donde ha de instalarse la Escuela, el Vocal-Médico tendrá en cuenta en elegir tres metros cuadrados por alumno para jardín o patio de recreo, el sitio para el cuarto-lavabo, y duchas; el terreno para el gimnasio, el de la talla y peso de los niños, y el dedicado para evacuatorios.

El Médico, al orientar la Escuela, tendrá en cuenta el clima de la localidad; de este punto depende la instalación del edificio-escuela, que tendrá que darle toda clase de defensa contra los vientos, calor viento y lluvia.

El Médico procurará que la Escuela se oriente al Norte, si es región cálida; al Sur en las frías; y al Nordeste y Este, en las regiones templadas.

En lo referente a la extensión, la Escuela varía según los alumnos que a ella hayan de concurrir y el Vocal-Médico lo precisará ante un 15 o 18 por 100 del vecindario del Ayuntamiento o Distrito a que la Escuela se destine, teniendo asimismo en cuenta el probable aumento por el posterior desarrollo de la villa, pueblo o ciudad.

Procurará el Médico, que las paredes sean lisas y estucadas; así permiten el frecuente lavado; también, y por algunos sitios, deberán estar pintadas de tonos claros: azul, verde o gris: alegra el espíritu del niño y se desarrolla el sentido de la vista.

Los ángulos de la Escuela serán redondos: por razón de limpieza.

Las maderas que se empleen en la construcción, han de ser secas y asépticas: la Escuela, sólida; sencilla y de elegante aspecto.

El Médico preferirá los materiales sólidos, malos conductores del calor, impermeables, sin olvidar aquellos de puro lujo, pero que lo reclama la salubridad del edificio.

La cubicación del local deberá de tener preferencia en el ánimo y trabajo del Doctor, única manera de impedir el foco de contagio e infección. Diez metros de longitud, por cuatro y medio de latitud y cinco de altitud.

Al ocuparnos de la ventilación, hemos de decir, que los gases

de la respiración, por los resultados volátiles de a exhalación cutánea, por los gases del tubo digestivo, por la calefacción e iluminación, y por el polvo que continuamente se respira en el recinto escuela, el aire tiene que ser el agente que venga en nuestro auxilio.

Mientras duran las horas de clase, se procurará no abrir puertas y ventanas, evitando la corriente. Se deberá hacer durante el lapso de tiempo de recreo y al terminar la clase.

El Vocal-Médico, para asegurar la aereación continua, ordenará la instalación en la Escuela, de ventiladores giratorios, Varley o Castaing.

La iluminación deficiente hace estragos en el niño, en el sentido de la vista, con el nombre de miopía entre otras. La iluminación debe ser constante, uniforme, difusa: nunca reflejada.

Del sistema de calefacción hoy empleado en nuestra Escuela, tales como el brasero y el carbón, roban oxígeno y son muy peligrosos para la salud. Con el calor producido por el respirar de los niños, es lo suficiente. Pero como en algunas regiones se impone algún sistema de calefacción, el Vocal-Médico recomendará la estufa de envoltente de tierra refractaria; con un recipiente de agua, rodeada de una valla de tela metálica. El humo se conducirá por tubos hasta la techumbre del edificio.

La temperatura se deberá mantener entre 15 o 16 grados próximamente.

HIGIENE ESCOLAR

El Profesor no podrá admitir en la Escuela, a ningún niño que no presente certificación del Forense en la que se haga constar ha sido registrado, no padeciendo por tanto ninguna enfermedad contagiosa, ni hésperes y otras erupciones; también es precisa la certificación del Doctor, manifestando si se encuentra el niño vacunado o revacunado si pasa de diez años.

Así hablan el Reglamento de Escuelas de 26 de Noviembre de 1838 y el Real decreto de 15 de Enero de 1903.

El Vocal-Médico tiene los siguientes deberes: Visitar mensualmente la Escuela, tanto oficial como privada, en todo lo concerniente a la higiene y sanidad.

El Médico y el Profesor determinará el número de alumnos que deban admitirse. Advertirá el Médico a la Junta local o a la provincial si preciso fuere, cuanto crea oportuno a la salud del Maestro en el caso de enfermedad contagiosa; el Médico será la autoridad que informe la licencia del Maestro, cuando se funden en causas que afecten a su salud.

También informará sobre las condiciones higiénicas de las Escuelas, y en caso de epidemia, el Vocal-Médico lo pondrá en conocimiento de la Junta de Sanidad y se clausurará la Escuela.

En las poblaciones de más de 10.000 habitantes habrá un Inspector Médico debidamente retribuido por la Corporación municipal.

El Vocal-Médico de la Junta local de Primera Enseñanza, obligará que no falte de la Escuela un cuarto lavabo y otro de duchas, al ser posible.

En ninguna Escuela deberá faltar el gimnasio; por ello velará el Médico, ayudando prácticamente al Maestro son ligeras explicaciones. No se olvidará el Doctor de recomendar y exigir mensualmente al Profesor, el peso y talla de los niños, junto con el adelanto en los estudios, juzgando y tomando oportunas consideraciones que directamente pudieran afectar a la salud del niño.

La báscula y un aparato para la talla, que se puede hacer en la misma pared, no faltará de la Escuela. El Doctor llevará un detenido estudio sobre estos casos, que cambiará impresiones mensualmente con el Profesor.

Los evacuatorios hoy constituyen un foco de infección, son inmundicias y estercoleros, que deben desaparecer rápidamente por evacuatorios ventilados, inodoros, de abundante agua frecuentemente limpios.

(Fragmento del trabajo presentado en los Juegos Florales por D. Juan Mora.)

# NUESTROS ARTISTAS

## A LA DIPUTACIÓN PROVINCIAL

Hace un año que llamábamos la atención de los diputados para que se preocupasen de pensionar a los jóvenes artistas ciudarrealeños que están faltos de la ayuda oficial desde hace mucho tiempo.

No queremos, que por falta de la acogida, que muchos necesitan, quedasen en esperanzas lo que pueden ser risueñas realidades. Por eso, nuestra insistencia — ya casi machacona—de uno y otro día.

No es tan grande nuestro caudal intelectual, ni tan abundante el número de artistas manchegos, que po-



Jerónimo López Salazar

damos mirar como cosa corriente y de poca monta estos cuantos muchachos, que pueden algún día—si les ayudamos todos en un noble pugilato—dar gloria a nuestra Mancha.

Por desgracia nuestra llamada fué desoída, cosa que, naturalmente, no nos causó extrañeza, pues avezados estamos a que toda iniciativa noble, desinteresada, caiga como simiente en peñascales cuando es una entidad encargada de velar por los intereses de la nación, de la provincia o del municipio la que debe llevarla a la realidad.

No hubiésemos este año reincidido en nuestra justificada petición si la Exema. Diputación Provincial no hubiese sufrido una importante transformación; pero han entrado a formar parte integrante de la digna corporación una serie de diputados jóvenes, ávidos de servir a su patria chica; de proteger a sus paisanos que verda-



Enrique E. de los Monteros

deramente sean dignos de ello y por tanto, volvemos a formular otra vez la pregunta.

¿Deben pensionarse a Jerónimo L. Salazar, Enrique E. de los Monteros, Gregorio Prieto, Gabriel G. Maroto....?

Tenemos la completa seguridad de que nuestra pregunta no volverá a caer en el vacío y, por lo menos, si nó a todos, pensionará alguno de los nombrados.

En estas horas en que las regiones cobran nueva vida y afirman cada día su existencia, es necesario formar la conciencia de nuestra personalidad regional, y dar prestigio a nuestras cosas.

Para ello lo primero es robustecer nuestra intelectualidad.

¿Es cierto todo esto?

Pues manos a la obra y no dejemos pasar un día, sin apuntar en su haber una obra útil.



Gregorio Prieto

## Yo no soy yo

Este título un tanto paradójico, te parecerá hurtado a una crónica de Unamuno o a un cuento de la Pardo Bazán, ¿verdad, caro lector?

Pues te equivocas: yo no tendré el derecho de primacía acerca de la tal frasecita; pero, puedes creerlo, no la he robado: he comenzado a dudar de si, efectivamente, yo era yo.

Todos los días mis familiares, mis amigos, exclaman con admiración cuando no sonrío como antes al pronunciar sus lenguas, aficionadas a la chistomanía, algún colmo o chascarrillo:

—¡Pero hombre! ¿Por que no te ríes?

—¿Yo? ¿Tengo yo obligación?

—Tu no eres tu... a tí te han cambiado.

Confieso que entonces me dan ganas de soltar la cajada; pero la detengo para que sigan intrigados.

—¿Me acompañas a dar un paseo?—con aire burlón me dijo días pasados uno de mis mejores amigos.

Por toda respuesta me encogí de hombros.

—¡Chico, tu estás desconocido! Este no es mi Juan, que me lo han cambiado.

¿Vamos?—Le interrogué invitándole a salir del camino.

—Vamos.

Y anduvimos paseo arriba, paseo abajo, una calle tomo y dejo, haciendo hora de «matar al tiempo» en los soportales. Mi amigo me comunicó que la bellísima señorita Matilde Serna, hija del alto funcionario de Ferrocarriles D. Pedro, había contraído matrimonio con D. Joaquín Lucas del Rey. Después me dió las noticias de un próximo bateo: el de la preciosa niña que hace unos días dió a luz la distinguida señora doña Julia Olivas, de Herencia; y el haber marchado a Madrid—de donde regresaron hace unos días los Marqueses de Casa-Treviño y señoritas de Prast,—acompañada de su bella hija Josefina, doña Joaquina Ochotorena. Del mismo punto regresaron D.<sup>a</sup> Prado Martín, de Pérez Molina y su simpática y elegante hija Pradito.

Al llegar a los soportales, mi amigo decide presentarme a una joven forastera, bonita como ella sola.

—Mi amigo...

—Tanto gusto—interrumpio ella estrechando mi mano y entablando enseguida animado diálogo.

Hemos paseado muchas noches, y, al fin, hemos simpatizado. Pero, ¡oh desencanto!, cuando ya había empezado a ser el mismo de antes a los ojos de los demás, ella me ha reprendido:

—Si usted fuera formal...

—¿Acaso, no lo soy? La cara es el espejo del alma, dice un refrán.

—Pero las apariencias engañan, afirma otro, y, por lo tanto, usted no es usted.

Y aquí me tienes sin saber quien soy. ¿No es cruel, no conocerse a sí mismo, como reza el oráculo delfico? Ante esta duda no se si volverme a reír o solicitar la entansia.

**Bienvenidos.** Acompañados de su madre, la distinguida señora D.<sup>a</sup> Carmen López, y bella hermana Carmencita, han llegado de Madrid nuestros estimados compañerose D. Alberto y D. José Luis García López.

**Ascensos.** Han sido ascendinos a comandantes del Arma de Infantería, D. Manuel Balcázar y D. Alfredo Pérez, hermano de nuestro director.

Reciban ambos señores nuestra más cordial enhorabuena.

EL BARÓN DE ROSILLO.

**Esperanza.**—Con este título ha publicado el conocido literato José Más, una novela editada por la Biblioteca Patria y laureada con el premio María del Pilar Róvera.

Si el Sr. Más no estuviese ya en el lugar que le corresponde entre la numerosa pléyade de jóvenes escritores, la crítica de su libro la habríamos empezado así: reclamando para el espíritu observador de este joven vate un sitio entre los escritores sencillos y fáciles que saben describir tan plásticamente la realidad, que es *vivir* sus novelas el leerlas como se merecen. José Más está ya casi consagrado y, por tanto, nos ahorramos el estudiar los tipos de su novela *Esperanza*: a la protagonista, una moza bonachona y rolliza que es la encarnación de la honradez; a Eduardo, el calavera pueblerino, arrepentido de sus travesuras juveniles cuando su padre muere, y donjuanesco cuando en Ciudad Real se torna en hortera distinguido; al *señor* Fulgencio, manchego socarrón, aficionado a dar consejos, pero no a recibirlos... a estos tipos reales; tan reales, que no hay pueblo en la región llana donde no se encuentren.

La descripción, además, que hace el joven novelista de las tardes agosteñas borrachas de sol canicular, que vuelven a los pueblos silenciosos y tristes durante las horas de siesta, es digna de la pluma que la hace: péñola colorista a fuerza de trasladar a las cuartillas las escenas vistas, no las imaginadas.

**Para los Agricultores y Ganaderos.**—Don Enrique Sánchez-Cantalejo, elegido recientemente presidente de la Cámara Agrícola provincial de Ciudad Real, ha repartido un folleto dando a conocer el programa que se propone desarrollar en el tiempo que al frente de esta institución esté.

La competencia del Sr. Sánchez-Cantalejo en materias agrícolas nos excusa de hacer su presentación. No es la primera vez que este potentado agricultor se ocupa de la mejora y engrandecimiento de la Agricultura, estudiando los problemas de ésta y dando fórmulas encaminadas a evitar las luchas entre el capital y el trabajo. En este folleto trata de ejercer influencia cerca de las Juntas de Aranceles y Valoraciones para aplicarlas en bien de los intereses del productor, y, al mismo tiempo, tratar de evitar los pésimos medios de transportes; pero, sin duda alguna, el punto más acertadamente tratado es el referente a los estudios de los campos, desgraciadamente hoy exentos de protecciones de vigilancia; expuestas las cosechas a entrar a formar parte del patrimonio de cualquier amigo de lo ajeno.

Al dar nuevamente la enhorabuena al Sr. Sánchez-Cantalejo, nos ponemos a su disposición para ayudarle desde el periódico a realizar su programa, especialmente, al mejoramiento de la paupérrima guardería rural, estimular a esos trabajadores a que no abandonen el campo y vengán a la ciudad, donde, como muy acertadamente dice «no miran lo que han de perder en salud y ganar en vicios».

**L'Aliance Latine.**—Órgano defensor de los intereses latinos es este nuevo rotativo que ha empezado a publicarse en Barcelona en todos los idiomas latinos, imperando, no obstante, el español y francés.

**El Porvenir Obrero.**—Dirigido por D. Luis Muñoz de Morales, hace días que salió el primer número de este simpático colega, al que de todas veras felicitamos.

J. R.

